

FD-47-30

J. MALUQUER DE MOTES

Concepto y periodización
de la Edad del Bronce peninsular

Separata de «Ampuriás», XI

BARCELONA, 1949



PRIMER CONGRESO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA EN ALMERIA

(V Congreso Arqueológico del Sudeste español)

Del 18 al 21 de abril se ha celebrado en Almería el Primer Congreso Nacional de Arqueología, por acuerdo tomado en el IV Congreso Arqueológico del Sudeste, celebrado el pasado año en Elche (véase *Ampurias*, IX-X, págs. 369-370). Con este Congreso, patrocinado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, se inicia la serie de Congresos Nacionales de Arqueología que se proyecta celebrar por propio acuerdo cada dos años, habiéndose señalado Madrid como sede del próximo. Celebróse éste en homenaje a don Luis Siret, apasionado arqueólogo que con sus trabajos de medio siglo valoró primeramente la gran riqueza arqueológica del sudeste hispano, y al que ya en 1935 la Universidad de Barcelona había otorgado el título de *Doctor Honoris Causa*. Con tal motivo se le dedicó una artística placa de bronce.

Tema propuesto para el Congreso fué la Edad del Bronce, que tan ricos matices presenta en el solar almeriense y sobre el que fueron presentadas interesantes comunicaciones que se publicarán en la correspondiente Crónica del mismo. Destacó entre ellas la presentada por don Luis Pericot sobre la necesidad de unificar la terminología y la periodización de dicha Edad, que tomada en consideración por el Congreso motivó el nombramiento de una ponencia especial — compuesta por los señores L. Pericot, Catedrático de la Universidad de Barcelona y Director del Instituto de Prehistoria Mediterránea; Abel Viana, Director del Museo de Beja (Portugal); A. del Castillo, Catedrático de la Universidad de Barcelona; J. Maluquer, Profesor de la Universidad de Barcelona y Conservador del Museo Arqueológico, y M. Tarradell, Director del Museo Arqueológico de Tetuán (Marruecos) —, encargada de laborar un proyecto de periodización de la Edad del Bronce hispano y presentarla al Congreso, proyecto cuyo detalle puede verse en esta misma revista, y que fué aprobado en la sesión de conclusiones del Congreso.

Destacado interés ofrecieron las comunicaciones sobre temas de Arqueología clásica presentadas por los señores don Blas Taracena, don Antonio García Bellido, don Antonio Beltrán, don Miguel Tarradell, don A. F. de Aviles, etc., y las particulares de Epigrafía y Numismática, de don Pío Beltrán y don Antonio Beltrán.

Destacado interés ofrecieron las excursiones realizadas por el Congreso, dirigidas por el Comisario de excavaciones de Almería, don Juan Cuadrado, una, al riquísimo poblado del Bronce inicial descubierto en Tabernes, en el que ante los congresistas se procedió a la apertura de un silo, en el que apareció un rico conjunto arqueológico (hachas de piedra pulimentada, cuchillos de sílex, punzones de hueso, etc.). En el pueblo de Tabernes, lugar de nacimiento del gran precursor de la prehistoria andaluza, don Manuel de Góngora, el Congreso y autoridades le rindieron un emotivo homenaje, dedicándole una lápida en su casa natal, sumándose al acto el vecindario en pleno. Se visitó luego el clásico poblado de la Gerundia y la necrópolis del Argar. Otra de las excursiones realizadas fué al poblado y necrópolis megalítica de

Los Millares, donde pudo comprobarse palpablemente la deficiencia de las excavaciones realizadas y la necesidad de emprender con urgencia excavaciones científicas. Quiso el Congreso expresar públicamente su pesar por la destrucción de una parte de los sepulcros megalíticos, realizada, al parecer, después de su excavación.

Figuraron en el Congreso las más destacadas personalidades de la Arqueología nacional y numerosos representantes extranjeros, entre los que merece señalarse a los portugueses profesores Abel Viana y Abreu Núñez, al francés Rdo. P. Lehembre y al profesor belga Mr. Marién.

Entroncado este Congreso con la tradición de los Congresos Arqueológicos del Sudeste, en cuyo seno nació, presidió las sesiones inaugural y de clausura el Excelentísimo Señor Almirante Bastarreche, actuando de Secretario general don Antonio Beltrán. Merece destacarse la colaboración entusiasta de todas las autoridades de Almería que se desvivieron para facilitar tanto la labor general del Congreso como el interés particular de cada uno de los congresistas. — J. M. DE M.

CONCEPTO Y PERIODIZACIÓN DE LA EDAD DEL BRONCE PENINSULAR

En el reciente Primer Congreso Nacional de Arqueología, celebrado en Almería, a consecuencia de una comunicación presentada por el profesor don Luis Pericot, fué nombrada una Comisión especial con el encargo concreto de que presentara al Congreso un proyecto de periodización de la Edad del Bronce peninsular que tendiera sobre todo a unificar las diversas nomenclaturas utilizadas por los distintos autores y ajustarla a las normas que han prevalecido durante estos últimos años en las investigaciones análogas del extranjero. Dicha Ponencia, constituída por los señores don Luis Pericot, don Abel Viana, don Alberto del Castillo, don Miguel Tarradell y por quien firma estas líneas, elaboró una proposición, cuya aprobación fué recomendada al Congreso, y que fué plenamente aceptada en su Sesión de Conclusiones. La proposición, que será publicada en la Crónica del Congreso, tiende a unificar el Eneolítico y la Edad del Bronce en un período único denominado Edad del Bronce, que se subdivide en tres etapas: Bronce I, equivalente al antiguo eneolítico; Bronce II, o Bronce argárico, y Bronce III, o etapa final.

El criterio que hasta el presente ha prevalecido en la periodización de la Edad del Bronce estaba estrechamente vinculado al propio concepto de dicha edad. Sabido es que el nombre de Edad del Bronce, de rancio abolengo clásico, fué introducido en la nomenclatura de la ciencia prehistórica en función de la aparición o no de estaño en los útiles de metal, y que precisamente este hecho hubo de motivar agrias controversias entre los partidarios de la existencia de una etapa en la que la Humanidad habría conocido el cobre puro sin aleación antes de la introducción del estaño. Restos fosilizados de estas viejas controversias persisten aún en la denominación de período Calcolítico que esporádicamente hace su aparición en obras de Prehistoria. En realidad el hecho responde a la misma mentalidad que creó las denominaciones de Paleolítico y Neolítico, teniendo en cuenta, por ejemplo, la diferencia genérica entre talla y pulimento de la piedra, es decir, teniendo tan sólo en cuenta un elemento, y no siempre el más importante ni el definitivo para denominar un espacio de tiempo y el desarrollo de unas determinadas actividades humanas. Este concepto ha sido ya superado en amplios campos de la investigación prehistórica, y si concretamente se han conservado estos dos nombres, ha sido, no sin intentos de suprimirlos, por pura comodidad, pero completamente desprovistos de su primitivo significado. Nadie desconocerá que en la actualidad la palabra paleolítico significa simplemente etapa cuaternaria, prescindiendo por completo de las diversas técnicas de talla de los útiles empleados, y que es, además, sinónimo de unas determinadas formas de vida de la Humanidad primitiva. Lo mismo sucede con el Neolítico, en el que actualmente la técnica del pulimento de la piedra no juega ningún papel (en parte porque ha sido plenamente demostrado el conocimiento de dicha técnica desde una etapa paleolítica, dígalo, si no, el punzón de esquisto pulimentado de los niveles solutrenses del Parpalló y tantos otros hallazgos que podríamos citar), y se acepta la palabra como sinónimo de una etapa en la que han sido descubiertas nuevas formas de vida que motivan una verdadera revolución en la vida económica, social, política y religiosa del grupo humano.

Mantener, por lo tanto, el nombre de Edad del Bronce con su sentido tradicional, es un hecho marcadamente anacrónico y que contrasta con la evolución siempre constante de nuestra ciencia; era preciso enfocar de una vez el problema y tratar de dar a la Edad del Bronce todo aquel contenido que el estado actual de nuestro conocimiento nos permita precisar y nos presente con más probabilidades de responder a la realidad. Para ello era necesario enfocar el problema general de la metalurgia, para observar el valor real que dicha técnica adquiere y el grado de intensidad en que interviene en la marcha de la Humanidad.

Se presenta con ello el primer problema que debe resolverse. Es innegable que en la Península Ibérica existe una etapa de su prehistoria en la que el hombre utiliza, aparte del complejo cultural propio, armas o útiles de cobre puro, es decir, existe una etapa en la que la metalurgia del cobre es conocida y practicada, pero en la que no se puede aún hablar del conocimiento del bronce. Es la etapa conocida en los países latinos con el nombre de Eneolítico, la etapa del vaso campaniforme y de gran parte de las manifestaciones dolménicas. Ahora bien, por muy uniforme que exista la simple técnica de la metalurgia del cobre, ¿justifica el que se considere como una Edad de la Humanidad? Analizando detenidamente la cuestión, hemos de reconocer la extraordinaria importancia de la técnica metalúrgica en sí, pero dentro del desarrollo de esta técnica, la existencia o no de aleación no es más que un fruto natural y lógico de la necesidad de endurecer el nuevo producto metálico para hacerlo plenamente apto, es decir, que el hallazgo del bronce no es más que la culminación de una técnica, claro está, con todas sus consecuencias, pero sin que nos parezca justificada una división en esta evolución.

Si para justificar tal división nos fijamos en sus consecuencias y pensamos en diferencias culturales, entramos de lleno en un círculo vicioso, y al identificar lo que debe ser una mera etapa con una determinada cultura, caeríamos en el error de aceptar una periodización válida tan sólo para territorios muy limitados, por lo que nos parece para la Península un criterio inaceptable.

La existencia o falta de bronce propiamente dicho en un territorio determinado puede ser debido a múltiples causas: carencia de estaño y abundancia de cobre local, arrinconamiento de un grupo al margen de las rutas comerciales existentes, etc., incluso estos hechos pueden provocar la pervivencia de formas de vida arcaizantes en ciertas zonas, o en todo caso como una etapa inicial que habrá de ser superada.

Lo que sucede con el Eneolítico es significativo, pues mientras en unos territorios no ha sido señalada una particular etapa con cobre puro, en otros su utilización perdura plenamente hasta la aparición de la metalurgia del hierro. Recuérdese a este respecto la sistematización de la prehistoria de la región narbonesa realizada por PH. Hélène, que después de más de veinte años de investigaciones, reconoció la existencia de cinco períodos eneolíticos y la inexistencia de una Edad del Bronce. Por otra parte, no siempre es posible el exacto conocimiento del metal empleado en cada caso. Los análisis de piezas publicados en muchos casos con las máximas garantías científicas son rechazados por los modernos químicos en posesión de técnicas y métodos nuevos de análisis, lo cual acaba de convencernos de la necesidad absoluta de no enfocar la cuestión desde el punto de vista tradicional.

Lo verdaderamente importante, a nuestro parecer, son las consecuencias que comporta el conocimiento de la metalurgia, la renovación de las incipientes formas de vida neolítica, la complicación de esta propia vida, el desarrollo de estructuras sociales y religiosas nuevas, y, en definitiva, la transformación de la vida rural en civilizaciones urbanas. En este aspecto no existe una separación posible entre el denominado Eneolítico y la Edad del Bronce, cuando no se trata simplemente de culturas diversas. Ello aconseja plenamente reunirlo bajo una denominación única, y he aquí otro problema. Desde el momento en que es indiferente el que se utilice el cobre puro o con aleación, puede optarse entre la palabra Eneolítico o Bronce para designar una edad. Hemos visto como Hélén se decidió por la primera. Sin embargo, nos parece mejor adoptar el nombre de Edad del Bronce, por varias razones: una, por su tradición clásica que intuitivamente se hizo eco de una manifiesta realidad; otra, por representar el bronce el apogeo de la técnica metalúrgica del cobre, y, en definitiva, para unificar en lo posible nuestra periodización de la prehistoria con la del resto de Europa. En el centro, norte y occidente de Europa la Edad del Bronce sucede normalmente al Neolítico; cierto que en aquellos territorios probablemente nunca se utilizó el cobre puro, como es innegable sucedió en los países mediterráneos y en el Próximo Oriente, pero de hecho el concepto de Edad del Bronce es sinónimo de una etapa indiferentemente de la utilización del bronce en sí, etapa que suele dividirse en tres estadios: uno inicial, otro de madurez y un tercero de plenitud y final. En Italia, donde se utiliza también la denominación de Eneolítico, resulta que éste es tan sólo un concepto inteligible para la parte peninsular, mientras es inaplicable en el valle del Po, de lo que nace una gran confusión del hecho de resistirse a considerar sincrónicas etapas en las que se utiliza el cobre puro en unos territorios y el bronce en otros, por la fuerza de la tradición que mantiene la anterioridad de la etapa eneolítica.

La palabra Eneolítico ofrece, sin embargo, ciertas ventajas que no pueden desconocerse, pero convertirla en la denominación general de la Edad del Bronce provocaría sin duda conflictos derivados principalmente de su propia tradición, en relación a formas culturales determinadas. En cambio, el nombre de Edad del Bronce no entraña en sí este tipo de dificultades, quizá porque las culturas peninsulares que se comprendían en esta edad, con excepción del foco argárico, se hallan aún por sistematizar.

La necesidad de considerar el Eneolítico y la Edad del Bronce como una sola edad, es algo que viene formulándose por parte de numerosos investigadores; ya en 1940 nosotros lo propusimos en ocasión de un trabajo de síntesis sobre la prehistoria de Lérida (publicado en Ilerda en 1945) sin atrevernos a adoptarlo por falta de la necesaria autoridad. De hecho, la continuidad local de fenómenos culturales que se creían típicamente eneolíticos planteaba incómodas cuestiones, al intentar establecer síntesis claras, y esta incomodidad era resuelta de distintos modos en los varios autores, en perjuicio de las propias sistematizaciones. Si comparamos, por ejemplo, los esquemas más difundidos de la Prehistoria peninsular de P. Bosch Gimpera, L. Pericot, M. Almagro, J. Martínez Santa Olalla, etc., vemos que por encima de la variabilidad de cada uno resalta perfectamente la unidad de ambas etapas, y únicamente en los primeros intentos de P. Bosch, superados luego por el mismo autor, se intentaba mantener una división que motivaba la introducción de períodos neutros y desconocidos.

Hemos mantenido, pues, la necesidad de superar aquellos conceptos antiguos, y considerar agrupados el antiguo Eneolítico y la Edad del Bronce en una sola etapa, caracterizada por la metalurgia del cobre y el desarrollo de formas económicas y sociales nuevas que conducen a la plena introducción, en la Península, de la vida urbana con toda su secuela de consecuencias. Es natural que, en estas formas nuevas de vida, la metalurgia juegue un papel importante, pero no es un papel único ni mucho menos; a su lado deberá reconocerse la importancia adquirida por las nuevas formas agrícolas, ganaderas e industriales de todo orden, vitalizadas por la nueva técnica metalúrgica. Dentro de esta etapa de la Edad del Bronce, se desarrollarán, como es natural, culturas distintas, y se recibirán y darán influencias múltiples que provocarán diversidad de reacciones según el grupo étnico que las reciba y el medio que las acoja.

Reconocido el mero concepto de la Edad del Bronce, es necesario fijar en lo posible sus límites y posibles divisiones. Su comienzo no es difícil fijarlo desde el momento que se ha aceptado la técnica metalúrgica como elemento director, y así hablaremos de Edad del Bronce desde el primer momento en que apreciemos el conocimiento de la metalurgia y sus consecuencias en una determinada sociedad, prescindiendo de la existencia material de útiles de metal. Algo más complejo es fijar el final de esta edad. Descubierta la metalurgia, la Humanidad no olvida su técnica, que pasa a enriquecer el acervo cultural de los progresos adquiridos, continuando pujante la metalurgia del bronce en las edades históricas posteriores, y desde luego durante la Edad del Hierro. Las mismas razones que hemos tenido en cuenta al postular este concepto de Edad del Bronce, tendrán que mantenerse al hablar del hierro, y así no será la presencia material de este nuevo metal el que determine el comienzo de esta nueva edad, sino el conjunto de circunstancias políticas, económicas y sociales que de la nueva técnica se deriven. Un hecho de extraordinarias consecuencias representa para la Península las invasiones europeas que iniciadas con los verdaderos *urnenfelder* se continuarán ininterrumpidamente hasta la llegada de los celtas históricos. Con ello puede apreciarse un cambio radical que afecta a todos los aspectos que consideramos básicos (económicos, políticos, sociales y religiosos) de las poblaciones de nuestra Península, cambio que justifica plenamente que hagamos una división y consideremos nacida una nueva edad, la del Hierro. La aparición o no de este metal no tiene verdadera importancia para nosotros; lo que sí la tiene es la influencia provocada por el verdadero aluvión de pueblos europeos que se desbordan sobre la Península, y por ello consideraremos con su entrada terminada la Edad del Bronce, hecho análogo al representado para Grecia la llegada de los pueblos dorios.

Así, pues, no se trata de la aparición del hierro como límite inferior a nuestro período. Es indudable que el hierro en forma de objetos manufacturados debió conocerse en varias zonas peninsulares en época bastante antigua, debido a los contactos coloniales con púnicos y griegos, pero ello no tuvo en realidad la importancia decisiva ni las consecuencias que había alcanzado el descubrimiento y adopción de la metalurgia del cobre; por ello las invasiones europeas forman la verdadera separación entre dos importantes etapas, y acaban con el magnífico florecimiento de las culturas de la Edad del Bronce.

Aceptado en esta forma el nuevo concepto y límites de la Edad del Bronce, se

plantea en seguida el problema de su subdivisión. Se trata de un período muy largo, en el que se han sucedido diversas culturas con apogeos y decadencias, que es necesario llegar a precisar. Creemos que en el intento de subdivisión de una edad debe huirse de la sugestión que puedan ejercer determinadas culturas o focos bien conocidos, para establecer un sistema elástico en el que todo conocimiento pueda entroncarse y que permita la integración de todo nuevo hallazgo. Por lo mismo deben abandonarse aquellos nombres de contenido geográfico que se presten a error, por sugerir directamente marcos culturales determinados que a menudo es difícil generalizar. Por ello hemos creído más aceptable admitir el sistema clásico de las tres etapas dentro de la Edad del Bronce: la etapa del Bronce inicial o Bronce I, el Bronce medio o Bronce II y el Bronce final o III. Este esquema, precisamente por ser tan humilde, es el que mejor se ajusta a las necesidades de síntesis, habiendo dado óptimos resultados en otros países, como en el propio Egeo o las Islas Británicas, por ejemplo, ya que cada uno de estas tres fases permite la más pormenorizada subdivisión, sin prejuzgar espinosas cuestiones de filiaciones u orígenes.

Establecido en sus tres períodos este concepto de la Edad del Bronce, vemos como en realidad el Bronce I o Bronce inicial corresponde al antiguo concepto de Eneolítico, el Bronce II, al Bronce argárico o mediterráneo de algunos autores, reservándose el Bronce final para la etapa de contactos europeos que presagia y precede al mundo de las invasiones. La división en tal forma permitirá resolver los aspectos particulares de cada una de las regiones peninsulares en las que, como es lógico, estas etapas no serán necesariamente sincrónicas, permitiendo la más objetiva visión de conjunto. Las denominaciones en boga estos últimos años basadas en hechos culturales concretos inducían con frecuencia a error; llamar, por ejemplo, argárica a una determinada etapa, se prestaba a una evidente confusión entre lo argárico tipo y lo argárico época, confusión que ha permitido filiar, por ejemplo, a la cultura argárica toda la cerámica lisa y carenada de la Península y aun de las Baleares, con evidente deformación de la realidad, siempre mucho más compleja de lo que a primera vista pudiera parecer. El sistema propuesto por su gran elasticidad es el más adecuado para obtener una visión sintética. Será preciso ahora, naturalmente, concretar la existencia o no de cada una de las tres etapas en cada territorio y las características culturales de cada una en particular, así como sus mutuas relaciones. — J. MALUQUER DE MOTES.

FD-47-20